



LUCES OCULTAS

Jesús Sánchez Martínez

LUCES OCULTAS



Primera edición: noviembre 2025

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Jesús Sánchez Martínez

ISBN: 979-13-87909-52-9

ISBN digital: 979-13-87909-53-6

Depósito legal: M-24516-2025

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

Días antes de que se publique esta novela, mi familia ha sufrido una mala noticia que nos hizo caer en un pesimismo inicial. Nos desmoronamos, sin aparente remedio, e iniciamos un lloro desesperado que duró varios días. Llegó un momento en que nos dolían los ojos de tanto llorar, desgarrando nuestra alma con tanto sufrimiento. Pero..., seguidamente a este momento..., toda la familia nos hemos unido en la lucha, dispuestos a enfrentarnos ante cualquier circunstancia.

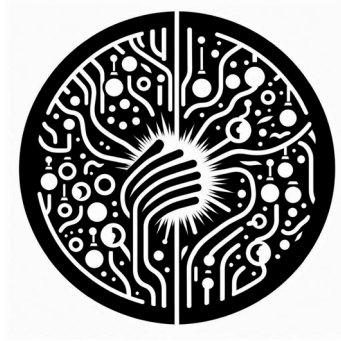
Por este motivo, quiero dedicar este libro a Mónica, mi mejor amiga. Llevamos juntos más de 25 años y, gracias a ella, he conseguido mejorar como persona y he alcanzado grandes logros. Entre las personas que me rodeaban, apareció una luz oculta que iluminó mi camino. De forma silenciosa, su amistad y su dulzura fueron llegando muy dentro de mí, alcanzando los recovecos más escondidos de mi ser. Ella representa el ejemplo más claro de las luces ocultas que van apareciendo en nuestras vidas, y que iluminan nuestra existencia. Amiga mía, sin ti nunca hubiera sido capaz de escribir ninguna de mis novelas, gracias por tu amor.

Contenido

Ismael.....	11
Héctor.....	19
Viaje oscuro	23
Rescate	35
Conociéndose	45
Retomar el camino	51
Nuevo rescate de Runas.....	59
Hornéas	65
En busca de Ismael.....	71
El acantilado de los miedos	77
La sala de las divagaciones	83
Fabiola.....	91
Conociendo al ejército rojo	97
Juicio a Ismael.....	103
Comienzo de la instrucción.....	115
Preparación militar.....	123
Estrategia militar	131
Lucio	137
Campamento mutante	143
Entrenando	155
Pesadillas.....	163
Hólmavík, el brujo mutante.....	171
Conversaciones nocturnas	177

Comienza la gran batalla	181
Desenlace de la guerra.....	197
Construyendo la plataforma.....	205
Regreso al campamento	209
Llegada a Cenicia.....	215
Recuperando la confianza.....	219
Descubriendo Lántica	225
Convirtiéndose en adulto.....	235
Tomando conciencia.....	247
Cónclave en Cenicia.....	253
Despedida.....	261
Espiando al enemigo	267
Regreso a casa.....	273
El Dios Vulcano	279
Llegada de los refuerzos.....	285
Enfrentamiento	295
Cenicia en peligro.....	301
Gran erupción	307
Cenicia en llamas	311
Lántica en peligro.....	317
Enfrentándose a un dios	323
Vía de escape	329
Confluencia de culturas	335
Vuelta a Hornéas	345
CDC (Comunidad diferentes culturas)	353
Colaboración entre pueblos.....	361
Consejo intercultural.....	367
El capitán Héctor.....	373
Anexo 1: Personajes principales.....	381
Anexo 2: Mapa situación mundos	397

Capítulo I



Ismael

Bajando por la ladera de un paisaje nevado, descendía un viajero, llamado Ismael, regresando de un largo viaje. Su ritmo era especialmente lento, debido al gran cansancio que tenía acumulado en sus piernas. Por fin estaba llegando al poblado dónde, hace años, le habían acogido unos nativos americanos. Se había integrado muy bien a sus costumbres y su vida la dedicaba a caminar por mundos diferentes. Los habitantes del poblado le fueron a recibir, pero..., enseguida, comprobaron que su cara no era la misma que traía otras veces.

Tenía ganas de ver a todos, especialmente a su gran amigo, *Prótos gonéas* («primer padre»), todos le llamaban Prótos. Ese nombre no era el que le habían puesto sus padres, pero, al ser tan aficiona-

do a la filosofía, se lo cambió. Era un señor mayor, encargado de dirigir y guiar espiritualmente a todos los habitantes del poblado. Le gustaba vestir con ropas de la Grecia clásica y su aspecto recordaba a grandes filósofos como Platón o Aristóteles.

La vuelta de aquel viaje era diferente, las sensaciones de Ismael no eran las mismas de otras veces, y estaba ansioso por contarle todas las experiencias vividas, pero, sin embargo, no conseguía encontrarle. Enseguida preguntó a todos si sabían algo de él, pero nadie sabía dónde estaba en esos momentos. Le aseguraron que la última vez que le habían visto estaba bien.

Se fue directamente a su hogar, para cambiarse de vestimenta. No le fue fácil porque tuvo que recordar dónde solía guardar todo, se notaba que llevaba mucho tiempo fuera. Todo lo que llevaba puesto estaba inservible y decidió tirarlo. Siempre le ocurría lo mismo, cada vez que volvía de una aventura se deshacía de toda la ropa del viaje, de esta manera se desprendía de todo lo que estuviera relacionado con el trayecto realizado.

Cada pieza que se quitaba le hacía recordar distintos momentos, que iba apuntando con cuidado en una pequeña libreta. Notó algo raro en su pisada y se sentó para mirar las suelas de sus zapatos, entonces, comprobó que estaban llenas de agujeros. Al terminar de desvestirse, se dio un baño caliente y se quedó dormido.

Sin darse cuenta, su cuerpo se fue deslizando hasta que empezó a sentir como el agua, llena de espuma, se iba metiendo por la nariz, provocando un cosquilleo inaguantable que culminó en un estornudo, esto le hizo despertar y salir de la bañera.

Cuando llegó a la habitación, donde tenía guardada la ropa, se puso una vestimenta clásica. Pantalones anchos, con flecos por los laterales, de color marrón y pequeños estampados. El jersey era muy colorido, con tonos azules y rojizos, y tenía dibujos de anima-

les de todo tipo. Por último, se puso los típicos mocasines indios de piel con lana por dentro. Se sentía como nuevo y estaba lleno de ilusión por disfrutar esa noche.

De camino a la celebración, se fue encontrando con personas conocidas que le saludaban cordialmente. Era muy apreciado por todos porque, después de muchos años de convivencia, habían visto numerosos detalles que mostraban su bondad. Muchas veces había vuelto urgentemente de algún viaje para echar una mano, sin importar su localización en ese momento.

Su mayor demostración fue cuando hubo unas inundaciones muy graves en el valle y se le avisó para ayudar a reconstruir todas las viviendas, debido a que pocas habían quedado en pie. Él estaba muy lejos, pero llegó a tiempo para comenzar a levantar las nuevas casas. Fue imprescindible para establecer la planificación del trabajo, en el cual se organizaron las tareas necesarias. Su actitud cooperante y amistosa provocó que se convirtiera en una persona conocida y querida por todos.

Le sonrojó mucho que todos le saludaran con tanto ímpetu, no le gustaba ser el centro de atención, por lo que decidió hacerse el despistado y así evitar tener que parar tantas veces. Cuando llegó a la hoguera, enseguida supo donde se iba a sentar porque habían dejado dos sitios con muchos adornos y regalos. Como siempre, Prótos no era puntual y no estaba, mientras llegaba, se sentó para irse acostumbrando al ambiente que se había creado.

Se dedicó a observar todo a su alrededor, los niños eran los más cambiados y algunos le miraban con extrañeza, parecía que no le recordaban. Los adultos, sin embargo, le sonreían de tal manera que mostraban sin palabras la alegría de verle. Él se sentía muy a gusto con todos ellos porque le respetaban como era y, encima, le trataban con un cariño propio de una familia.

Entre dos tiendas vio aparecer la figura inconfundible de su amigo que, según llegó a su altura abrió los brazos y dijo:

—¡Dame un abrazo! —pidió Prótos a su amigo—. Veo que vienes en muy buen estado, se nota que te ha sentado bien el trayecto.

—La verdad es que sí, me siento como nunca —comentó sonriente Ismael.

—Llevo todo el día esperando este momento, sabes que me gusta mucho escucharte todo lo que vives en tus viajes —contestó Prótos.

—En este caso, no me han ocurrido grandes aventuras, pero sí he tenido nuevas sensaciones que me han hecho evolucionar.

—No te entiendo bien, ¿qué quieres decir con eso?

—Me refiero a que ha sido un camino tranquilo, sin imprevistos. Pero algo ha cambiado dentro de mí.

—¿No has disfrutado?

—Sí, más que nunca. El viaje ha sido tan calmado que he podido reflexionar mucho. Al ser un camino monótono, mi mente ha podido dar vueltas a muchas cosas y analizar aspectos de mi vida.

—Creía que ya te habías encontrado a ti mismo. Me aseguraste que ya sabías que hacer con tu vida. ¿Qué ha cambiado?

—No ha cambiado nada de eso, he conseguido, por fin, vivir como quiero. Haciendo este tipo de vida he conseguido obtener esa paz interior que tanto necesitaba.

—Entonces, ¿quieres continuar con esta vida o no? —preguntó Prótos, preocupado.

—¡Sí, claro! —exclamó Ismael, extrañado por la pregunta—. Justamente, porque estoy convencido de lo que hago, mi mente me pide dar un paso más. He llegado a un punto en el que debo seguir completándome como persona, siempre se puede mejorar. He terminado esta fase y ahora mi cabeza me está pidiendo avanzar, añadir algo a mi vida actual. Lo que deseo es completarme como individuo, partiendo de lo que tengo ahora.

—Veo que has llegado a un punto en el que tus viajes deben ser de otra manera. Déjame que piense bien todo lo que me has dicho y mañana te propondré el próximo reto.

—De acuerdo, puede que tengas razón y deba modificar algo.

—Bueno, ahora vamos a disfrutar de la cena y ya hablaremos mañana.

A partir de ese momento se dedicaron a comer, beber y fumar sin parar. Esto provocó que Ismael entrara en un estado ausente que le hacía sentirse en una dimensión aparte, como si levitara. Cuando le pasaba esto dejaba de hablar y escuchar a los demás, se aislaba de todo. Se fijó en cómo bailaba la gente y, aunque él nunca había sabido los pasos que se debían hacer, no le importó y se levantó para empezar a moverse sin sentido. Nadie le miraba mal, todos estaban en el mismo estado de embriaguez, todos los asistentes se encontraban en ese momento de las fiestas en las que nadie se fija en los demás.

Según pasaba la noche, iba sudando cada vez más y perdiendo tanta agua en su cuerpo que empezó a deshidratarse. Llegó un momento en que se encontró tan mareado que decidió irse sin avisar, el camino era fácil y llegaría enseguida a su tienda.

A pesar de su mal estado, según iba caminando, se fue encontrando cada vez más lúcido. Por esto, al llegar a su destino, decidió sentarse mirando el cielo antes de acostarse. Una vez se había acomodado, con la borrachera que llevaba, decidió algo absurdo, hablar con su viejo amigo Santiago, que había muerto hacía tiempo, miró hacia arriba y cuando localizó la estrella más brillante comenzó a hablar:

—Hola, Santiago, quiero que me escuches bien. No me tomes por loco, sé que ya no estás en este mundo, pero he sentido la necesidad de hablarte. Quiero inventarme que estás a mi lado para tener la excusa de hablar solo, ¡no vayas a creer que me he vuelto creyente y que te hablo como si estuvieses en el cielo!

»No he vuelto a encontrar a nadie con el que haya podido conversar igual que contigo, no te puedes imaginar lo mucho que te echo de menos. Aunque Prótos es un buen amigo, él ocupa una parcela diferente a ti y, aunque él sabe escuchar y guiarme en mis viajes, tú me dabas unas conversaciones distintas. Al tener opiniones contrarias en muchos temas, podíamos rebatirnos durante horas, aspectos que creíamos inamovibles, esto hacía ponernos en duda aquellos aspectos que considerábamos verdades absolutas.

»Lo hacíamos sin enfadarnos, cosa difícil cuando te ponen en cuestión tus principios. Pero tú y yo sabíamos que ninguno decía las cosas por decir y, por tanto, merecía la pena estar atentos. Aunque pocas veces me hiciste cambiar de opinión, siempre me pareció que tú argumentación era fantástica y algunas veces me hiciste dudar.

»Hoy no quiero hablar contigo de ningún tema, es obvio que no podemos discutir de nada, lo que necesito es despedirme de ti y cerrar cicatrices.

»No significa que te olvide, lo que deseo es dejar de sufrir por tu ausencia, ya ha pasado mucho tiempo y es momento de seguir los consejos de los estoicos.

»Acuérdate cuando hablábamos de filósofos cómo Séneca, y nos parecía maravilloso como intentaba consolar a una madre sobre la muerte de un hijo. Según afirmaba, debías tener un tiempo pequeño de llorar y sufrir para, lo antes posible, pensar en el muerto positivamente. Se debía tener la fuerza de no pensar en la falta de alguien, sino que, había que recordar las cosas vividas con ellos, de tal manera que nunca desaparecieran de nuestra vida. Al fin y al cabo, lo que hay que hacer es dar gracias por haber convivido con alguien que mereció la pena.

»Esto es lo que quiero hacer contigo, dejar de pensar en tu muerte y recordar todos aquellos momentos increíbles que viví junto a ti. Por tanto, es una despedida de tu muerte y una bienvenida a los recuerdos de mi vida contigo. Cuando una persona ha sido tan importante, no se puede apartar y ocultar en la mente, siempre

se les recuerda cada cierto tiempo. La principal conclusión es que hay que aprender a vivir con ello.

»Me hubiera gustado vivir contigo la metamorfosis que ha ocurrido dentro de mí, estoy seguro de que te habría hecho muy feliz ver como he encontrado la vida que realmente me llena, incluso es posible que tú también hubieras encontrado un destino parecido. Aunque, pensándolo bien, si siguieras vivo, tu camino hubiera sido diferente. Gracias por todo lo que me diste y siempre te llevaré cerca.

Una vez que cerró su última herida, decidió irse a acostar, para descansar lo mejor posible. Esa noche estrellada se convirtió en un punto de inflexión donde, a través de los sueños, fue vaciando su memoria de aquellos sucesos desagradables acaecidos con la muerte de Santiago. Cuando estaba recostado en la cama, comenzaron a pasar imágenes por su mente y, con una sonrisa cómplice, revivió los mejores momentos. Recordó diálogos en una cafetería de la ciudad donde vivió anteriormente, aquel lugar era el sitio que tenían los dos para escapar del difícil día a día. Ahora, ya no necesitaba huir de nada, ni de nadie, cada cosa que hacía era por placer y, por suerte, el estrés se había evaporado.

Al terminar, comprendió que echaba en falta tener gente con la que dialogar. Solo tenía a Prótos y se daba cuenta que no era suficiente, estaba claro que debía ampliar su círculo de amistades. Intentó pensar en gente conocida, pero vio que con ninguno tenía la suficiente confianza. Era normal que le ocurriera eso porque siempre viajaba solo y, así, es complicado conocer bien a gente nueva.

Se durmió un poco triste por sentirse al margen de la sociedad, pero, enseguida, se convenció a si mismo de que tener nuevos amigos era cuestión de tiempo. No le dio mayor importancia y se durmió en paz.

Capítulo II



Héctor

Héctor era un chico de trece años que vivía solo caminando por el mundo, tres años antes tuvo que escapar de su familia, debido a que era muy infeliz con ellos. Aún no tenía cuerpo de hombre, pero se notaba claramente que pronto daría el cambio hacia la adolescencia. Su pelo era rubio, los ojos color miel y su constitución fuerte.

Un caminante, que se había encontrado días antes, le había avisado que, no muy lejos de allí, había comenzado la erupción de un volcán. Al escuchar esto, no dudó en cambiar su ruta e ir a maravillarse con ese espectáculo.

Desde muy pequeño quería visitar alguna zona volcánica donde poder admirar de cerca la lava. Esa luz de fuego, embebida entre el

color negro de la roca al enfriarse, le parecía que tenía que ser de una gran belleza.

Estaba saliendo el Sol y se había quedado sin comida, por lo que tenía que cazar algo. Sabía que tenía que intentar quedarse agazapado detrás de algún árbol y, con paciencia, esperar a que llegara algún animal a beber agua al río y, así, pillarlo desprevenido.

Después de una hora aguardando pacientemente, surgió entre los arbustos un gran ciervo macho. Pocas veces se había atrevido a matar uno tan grande, normalmente siempre había cazado piezas más pequeñas.

Se quedaron mirando el uno al otro, de tal manera que parecían intuir cual era el siguiente paso. El cérvido se acercó al agua y comenzó a beber sin el menor temor. Era un macho de avanzada edad que parecía resignado a que hubiera llegado el final de sus días.

Héctor sacó la lanza, que había fabricado anteriormente, y se puso en posición para buscar el mejor momento de arrojarla contra el animal. Fue dando pequeños pasos y, cuando se encontraba a pocos metros de él, le lanzó el arma con gran energía y atravesó su cuerpo, entrando por el espacio comprendido entre dos costillas. Le dio mucha pena ver cómo gemía y se retorció, por lo que se acercó para terminar su sufrimiento con la espada. No podía tener contemplaciones porque tenía mucha hambre y, por esa zona, no había otro tipo de alimento.

Se dejó apartada una pata, para comérsela en esos momentos y, el resto, lo troceó para guardarlo en la mochila. Hizo una pequeña hoguera y puso a asar la pieza, pero no dejó que se hiciera mucho, estaba muy hambriento, y empezó a comerla con mucha ansiedad.

Una vez satisfecho su estómago, se puso en marcha y, mirando hacia el final del valle, no dejaba de observar aquel paisaje lleno de fuego y cenizas. El color rojo de la lava contrastaba mucho con el color negro de las piedras de alrededor. Decidió ir por una zona en la que no parecía haber mucho magma porque, si no lo hacía, se arriesgaba a quemarse los pies.

Cuando le quedaba muy poco por llegar, decidió pasar la noche en un lugar que parecía seguro. Allí cogería fuerzas y prepararía tranquilamente el resto de carne para evitar que se estropeará. Él sabía que el pescado y la carne es mejor almacenarla cocinada para que no se estropee y, así, no ponerse enfermo.

Cómo todas las noches, mirando el fuego, le entraba un poco de nostalgia de estar con otras personas. Se sentía muy solo, pero se repetía mentalmente, que mejor se estaba así que mal acompañado.

Como siempre, le entró el sueño rápidamente, debido a que, durante el día, andaba muchos kilómetros. Su posición comenzó siendo sentado, pero, según pasaba la noche, se fue recostando hasta quedarse totalmente dormido.

Según se acercaba a la montaña, iba notando cada vez más calor, incluso llegó un momento en el que empezó a sudar mucho por todo el cuerpo. Cuando tuvo que decidir por dónde proseguir, llegó a la conclusión que era mejor bordear por la ladera, en vez de ir por las colinas. Al cruzar una pequeña vaguada que unía dos volcanes, llegó al valle central de aquella cordillera. La impresión de aquel espectáculo le dejó asombrado, nunca había visto nada igual. Desde todos los volcanes había explosiones continuas que provocaban nubes de ceniza y proyectiles de piroclastos que se disparaban a gran velocidad. Al ver que no había, en esos momentos, lava que le pusiera en peligro, decidió adentrarse en aquel

lugar. Entró sin el menor miedo, decidido a acercarse a algún río de magma y experimentar cómo los vapores, con su olor a azufre, le llegaban hasta su nariz.

En el momento que ya se encontraba en medio del valle, comenzaron a tronar las montañas con mucha más fuerza. Esto le puso nervioso, pero continuó adelante, era su gran momento y no quería retroceder. Cuando estaba muy cerca de una colada, notó que el suelo se ponía a temblar con mucha más vibración. Miró lo que tenía a su alrededor y observó que estaba totalmente rodeado por ríos de lava y entró en pánico. Le dio tanto miedo que comenzó a gritar sin parar, intentando pedir auxilio. Cuando se dio cuenta que no era efectivo, empezó a correr por todos los lados, como si fuera un pollo descabezado, pero no encontró salida alguna. El magma estaba avanzando hacia él y aquella situación era claramente crítica. Después de intentar concentrarse para ver una solución, no consiguió llegar a ninguna conclusión positiva. No había más remedio que ir admitiendo que podía no haber solución y se sentó resignado.

Todo parecía muy extraño, según tenía entendido, la lava nunca circulaba tan rápido. Parecía que alguien, a propósito, estuviera intentando acabar con él, provocando aquella erupción tan fuerte.

Capítulo III



Viaje Oscuro

Al día siguiente de su vuelta, Ismael tenía mucho dolor de cabeza, pero sentía que se había liberado del lastre de todo lo acumulado en su último viaje. Nuevo día significaba nuevo reto, cada comienzo de ruta era un momento de ilusión y esperanza. Había quedado a primera hora con Prótos, pero aún era pronto. Por ello, se levantó tranquilamente y se dio una ducha larga para despojarse de todo aquello que le sobraba.

Una vez preparado todo, empezó a dar vueltas alrededor de la tienda, estaba impaciente por saber cuál era su próximo lugar de visita. Se pasó media hora inquieto, pero, por fin, Prótos llegó riéndose:

—Ja, ja, ja, como siempre, te hago esperar. ¿Impaciente? —preguntó Prótos.

—Sí, mucho, por lo que me dijiste ayer, este viaje no es igual que los demás y me has generado mucha curiosidad —dijo Ismael, muy inquieto.

—Es normal que lo estés, perdona el retraso —se disculpó Prótos.

—No importa, dime, ¿a dónde voy esta vez?

—Sígueme, por esta zona nunca has ido. Aunque te sorprenda al principio, no te asustes, se trata de nuevas sensaciones que parece que tu mente busca.

—¿Lo dices por lo que te comenté ayer en la cena?

—Me diste pistas al decirme que no habías encontrado aventuras que contar y, sin embargo, habías tenido sensaciones importantes. Lo que ya me convenció del todo fue verte hablar con las estrellas.

—Siento si te molesta que te haya observado, pero me encontré con esa conversación cuando pasé por tu tienda para comprobar que habías llegado bien y, cómo te vi tan metido en tu monólogo, no quise interrumpirte.

—No estoy molesto —aseguró Ismael—, no tengo nada que ocultarte. Estaba desechando todo aquello que creo que ya me sobra. Me inventé que estaba mi amigo Santiago conmigo para poder expulsar de mí su muerte y sentirme más ligero a la hora de comenzar el viaje.

—Entonces no te has vuelto loco aún, ¿no? —dijo Prótos, sonriendo.

—No, tranquilo.

—Bueno, ya hemos llegado, ¿ves esa cueva?

—Sí, ¿debajo de ese gran árbol?

—¡Exacto! Yo ya te dejo aquí, espero que todo lo que te ocurra sea bueno para ti, te has convertido en un gran hombre y no quiero que te echas a perder.

—Lo intentaremos, pero, hasta ahora, todos los viajes han sido positivos, esperemos que este también, adiós, hermano.

—Adiós, hermano.

Cuando llegó a la cueva, esta daba mucho respeto, pero no merecía la pena dudar, comenzó a andar sin darle más vueltas. Echó una última mirada hacia atrás y se despidió de su amigo con una pequeña sonrisa complaciente.

Al principio, le faltaba visión, y esto le obligó a tener que tantear con las manos y los pies la pared de la cueva. Poco a poco los ojos se fueron acostumbrando a los diferentes tonos grises que componían la oscuridad.

Durante varios minutos se mantuvo pegado a la pared derecha hasta que llegó un momento en que, por la gran confianza adquirida, dejó de ir con miedo y se atrevió a separarse. Sin darse cuenta, desaparecieron las paredes de la cueva y se encontró con un bosque sin colores. Se había acostumbrado bastante a esos tonos carentes de luz, pero aún no percibía con claridad las formas de las plantas y las rocas de su entorno.

Por suerte identificó claramente un camino que parecía ser el que debía seguir, era la parte más luminosa que había en el paisaje. Sus pies se perdían en la luz que desprendía el suelo, era como si metieras los pies en la nieve, pero sin notar nada.

Según pasaba el tiempo iba viendo más nítido, de hecho, empezó a notar como algo reflejaba una sombra que iba junto a él. Miró hacia los lados y no veía nada raro, pensó en darse media vuelta, pero no estaba seguro de que quería ver lo que tenía detrás. Durante un rato siguió su camino, pero llegó un momento en el que la sombra estaba sobre él y no pudo evitar darse media vuelta.

No entendía bien lo que estaba viendo, era una forma gris con tres puntos luminosos. Dos de ellos podrían ser los ojos y el tercero asemejaba la forma de un corazón humano, aunque ocupaba el lugar del cerebro.

Enseguida pensó que era lógica la posición de esa luz, los sentimientos que tenemos vienen del cerebro y no del corazón. Siempre había pensado que la expresión «me sale del corazón», cuando queremos expresar que hacemos algo con amor, era una expresión inexacta porque los sentimientos están en el cerebro. En cuanto se puso a hablar, Ismael comprendió que era un ser humano y al abrir por primera vez la boca, percibió una línea de luz fina que se movía dibujando una onda, que abarcaba toda la anchura del rostro. Enseguida se presentó y comenzaron a hablar:

—Me llamo Louísi, que significa en griego «Lucía». Me dedico a viajar por nuestro mundo oscuro. Me han ofrecido acompañarte por este camino y he accedido a hacerlo.

—La verdad es que no estoy acostumbrado a caminar con alguien a mi lado, siempre lo he hecho solo.

—Ya es hora de que muestres todo lo que has ido acumulando dentro de ti. El mundo necesita opiniones y razonamientos para poder fluir como debe.

—¿Y a quién le importa lo que yo pienso? Mi conocimiento solo es interesante para mis amigos.

—Cualquier opinión es importante, todos podemos aportar algo al resto. Somos un todo que será mejor cuanto más aportemos cada uno.

—En eso estoy de acuerdo, si cada individuo aportáramos a la sociedad nuestro punto de vista, de forma tranquila y sosegada, al final se podría hacer algo bonito.

—Podríamos acumular todas las opiniones en un lugar donde cualquiera pudiera acceder. Pero el mundo no puede estar regulado por cualquier tipo de idea, hay muchas que ponen en peligro el bienestar de otros, y creo que tiene que haber siempre un sistema regulador de derechos para que nadie esté desprotegido.

—Cierto, pero empecemos por recoger primero la información y, luego, ya nos preocuparemos de cómo utilizarla.

—Perfecto, pues, si no te importa, pongámonos en marcha nuevamente, eres bienvenida como compañera de viaje.

—¿Cómo sabías que era mujer?

—Sinceramente, no lo sabía, a veces la intuición trabaja por sí sola y te provoca hacer y decir cosas de forma espontánea.

—Está bien, pero te pido que me trates como si fuera un hombre, no quiero diferencias de ningún tipo.

—Tranquila, estoy acostumbrado a tratar igual a una mujer que a un hombre. Por suerte me eduqué con muchas mujeres a mi alrededor y aprendí a no hacer distinciones.

—Creo que nos vamos a llevar bien, pareces muy agradable.

—Muchas gracias, espero no decepcionarte.

—Nadie me defrauda, cualquier persona que he conocido me ha aportado algo.

—Me recuerdas a alguien, pero no sé a quién.

—Ya me dirás, si te parece empecemos.

—Vamos a ello.

Una vez terminó la presentación, Louísi comenzó a andar al lado de Ismael, guardando una distancia lateral de un metro, aún no había confianza suficiente para acercar distancias. Los dos eran personas tímidas que, cuando empezaban a conocer a alguien, mantenían un distanciamiento inicial para evitar pasar vergüenza.

Por la separación que había entre ambos, se hablaban en voz alta, llegando muchas veces a gritar. Pero no importaba, les parecía que no había nadie más en el mundo en esos momentos.

Ismael no podía evitar mirarle continuamente para comprender como era físicamente, es como cuando hablas por internet o teléfono con alguien que no conoces, no puedes evitar tener curiosidad de su apariencia. Era una sensación muy extraña estar hablando con alguien que tienes al lado y no saber cómo es. Estamos acostumbrados a observar a las personas que nos están hablando,

fiándonos en sus gestos y rasgos, pero él solo veía la forma general de su cuerpo, por lo que terminó mirando alternativamente a lo que parecían sus ojos y a la línea vibrante que se movía al ritmo de las palabras que pronunciaba.

Todo aquello era una situación extraña, pero poco a poco se fue acostumbrando y, al final, consiguió escuchar profundamente la conversación. Empezó a agradecer no perder el tiempo en valoraciones físicas y centrarse en el contenido de aquellos mensajes que salían de aquella mujer.

Hablaba muy bien, con gran elocuencia y seguridad en sus palabras. Le había empezado a explicar cómo vivían en aquel lugar, lo primero que le sorprendió fue que nunca tenían amanecer ni anochecer, descansaban únicamente cuando estaban cansados, no importaba el momento del día que fuera. No se regían por horarios, sino que cualquier acto que hacían era por necesidad y no porque tocara realizarlo en aquel momento.

Había una despensa común y, cada uno, cogía la comida que quería en cualquier momento. Louísi comenzó a explicarle el sentido diferente que le daban al tiempo:

—Al no tener día ni noche, no nos movemos por los mismos conceptos temporales que vosotros.

—¿Vuestro cerebro no necesita ordenar los momentos que pasamos a través de días, meses y años?

—No, simplemente recordamos experiencias.

—¿Cómo sabes la edad que tienes? —preguntó Ismael.

—No lo sé, y tampoco quiero saberlo, el fin llegará cuando tenga que terminar. Mi cuerpo ya mi irá diciendo cuando se vaya desgastando.

—¿Tampoco quieres saber mi edad? —dijo Ismael, extrañado.

—No, no me importa la edad que tiene la persona con la que hablo, me interesa lo que es cada uno y no los años que tenga.

—Pensándolo bien, yo siempre he tenido amigos de diferentes edades. Pero, según su experiencia, me han aportado cosas diferentes.

—No hace falta la escala temporal para medir la experiencia de alguien, en realidad, esta viene por las cosas que vives y no por el tiempo que pasa. Nosotros nos relacionamos igualmente con personas que tienen o no experiencia porque todos aportan cosas necesarias para nuestro desarrollo personal.

—Visto de esa manera es razonable. Me parece muy bien para quitarse prejuicios por la edad, tenemos la manía de tratar diferente a un niño que a un adulto o que a un anciano.

—De hecho, las parejas que formamos son muy variadas. Se rigen por sentimientos y satisfacción sexual.

—¿A qué te refieres con eso?

—Primero somos amigos, si sintonizamos bien espiritualmente. Luego, al probar el sexo juntos, comprobamos si debemos pasar a ser pareja o quedarnos como estamos.

—¿Llegáis a ser pareja sin veros físicamente?

—No, parte de probar el sexo es verse físicamente.

—¿Cuando sois pareja os veis con luz ya para siempre?

—Qué va, solo en el momento de la relación sexual. Cuando haces sexo lo haces en unos lugares especiales donde se ven nuestros cuerpos como vosotros los veis en vuestro mundo.

—Es decir, que solo os veis en ese momento.

—¡Exacto!, es para mantener la base de nuestras relaciones. No queremos perder nunca el ser amigos, aunque las relaciones de pareja puedan terminar por la causa que sea.

—Me parece muy curioso eso de separar de esa manera la amistad del ser pareja.

—Tampoco creas que es algo perfecto, como pasa en vuestro mundo, también ocurre que cuando se rompen las parejas se termina también la amistad que había. Al final el cerebro no puede evitar rencores debido a que el desamor aparece de forma unilateral, es complicado que las dos personas dejen de quererse a la vez y uno de los dos sufre mucho.

—Ahí es donde radica la importancia de saber cerrar heridas. Hay que entender que la otra persona ya no te ama y tienes que aprender a olvidar el daño sufrido, pensando que aún queda lo mejor, la amistad.

—Ojalá fuera así siempre, pero entendemos que también puede darse el caso que no se puede evitar dejar de ser amigos. Los que sufren esta situación tienen la ayuda de un psicólogo que les ayuda a recordar con cariño lo que han compartido y olvidar la parte final de la ruptura.

—Es parecido a lo que considero que hay que hacer con la muerte de alguien que es importante. Terminar olvidando su muerte y recordando los momentos vividos de forma positiva.

—Cierto, sería algo parecido. Veo que has perdido a alguien importante.

—Sí, pero el otro día conseguí despedirme de su muerte y dar la bienvenida a los recuerdos.

Cuando dijo esto Ismael, se quedaron los dos callados, absortos en sus pensamientos.

Caminaron durante horas en silencio, se acababan de conocer, pero no había incomodidad. Esa sensación solo la tienes cuando tienes tanta confianza con alguien que no es necesario decir nada. Viendo siempre el mismo tipo de sombras a los dos lados del camino, Ismael tuvo que preguntar:

—¿Cómo te puede gustar caminar por estas rutas si no se ven diferencias en los paisajes? Sin colores pierde su gracia.

—Yo no veo lo mismo que tú, te irás acostumbrando e iras viendo mucha más variedad.

—Entiendo, cuéntame cómo te convertiste en una viajante. ¿Cómo te diste cuenta de que querías cambiar de vida?

—Un día me perdí en el bosque, al principio estaba muy asustada, debido a que nunca me había encontrado en esa situación. Pero, después de un rato llorando, me puse a mirar a todas partes y vi que nada de lo que había era peligroso. Enseguida me picó la curiosidad de lo que habría hacia cada lado del sendero. No me im-

portaba volver a casa, sino que quería descubrir cosas. Caminé sin parar y fui viendo enormes sorpresas que no me esperaba, cuando estaba disfrutando más, me encontraron y volví triste. Desde ese día cambié mi nombre y me prometí a mí misma que conseguiría vivir viendo mundo.

—Y entonces, ¿ya te pusiste a viajar?

—No, primero tuve que hablar con mis padres y, cuando les había convencido, pedí permiso al líder para abandonar el poblado durante largas temporadas.

—¿Y te dejaron ir tan fácilmente? —preguntó Ismael, extrañado—

—Bajo dos condiciones, principalmente, una era que pasara un tiempo con ellos cada vez que volviera y otra era que si me necesitaban alguna vez acudiera sin vacilar. Yo accedí y cuando me han necesitado he vuelto. Un ejemplo es ahora, me pidieron que te acompañara, me comentaron que era la persona ideal para hacerlo.

—Puedo comprender porque lo dicen, yo también llegué a la misma conclusión que tú, aunque fue de distinta manera. A partir de tanto conflicto que veía entre la gente vi la necesidad de escapar y buscarme a mí mismo, cuando me encontré también decidir dedicar mi vida a viajar sin parar.

—Parece que buscamos lo mismo en la vida. ¿Por qué motivo el destino nos querrá juntar en esta ocasión? —preguntó Louí.

—Algún motivo habrá, seguro que terminamos sabiendo por qué.

—Bueno, por ahora, me pareces alguien muy agradable, pocas veces he hablado de esta manera tan relajada. Pero no te confíes, ya veremos como resultas.

—Lo mismo te digo, aunque me das buenas vibraciones. Hablando de ruido, ¿Has oído eso? —preguntó Ismael, nervioso.

Se callaron un instante y prestaron atención, era el sonido de las ramas de los árboles cuando se parten por la mitad. Parecía haber alguien cerca, lo que les provocó que se pusieran en una posición

de defensa. En cuestión de segundos comenzaron a sonar muchos chasquidos de pisadas y se vieron rodeados por numerosas sombras que tenían las mismas luces que tenía Louísi. Estaba claro que eran un grupo de la misma especie que ella y, entonces, respiraron tranquilos. Una vez habían cerrado el círculo, uno de ellos se adelantó y se puso a hablar, dirigiéndose a su semejante:

—Me llamo Runas, jefe de expedición de salvamento.

—No te conozco, ¿verdad? —preguntó Louísi.

—No hemos coincidido, cada vez que tú venías a vernos daba la casualidad de que me encontraba en algún servicio. Yo tampoco paro mucho en casa, tengo mucho trabajo ayudando a todo aquel ser que se encuentra en peligro, sin importarme la raza ni el lugar.

—He oído hablar de ti, me han dicho que eres un gran general. Tú empatía por los demás es alucinante, mis padres me explicaron que eras capaz de poner tu vida en juego por cualquier ser vivo que pueda estar en peligro.

—Perdona que me meta —interrumpió Ismael—, pero no puedo evitar decirte que admiro mucho a las personas que sois así, ojalá toda la sociedad fuera igual.

—Gracias por tus palabras, aprovecho para comentarte que esta vez necesitamos de vuestra ayuda. Tenemos que salvar a un niño humano que se ha quedado atrapado entre la lava de un volcán que hace unos días entró en erupción. Nuestra especie es muy frágil al calor extremo y, además, por desgracia, muchos niños nos tienen pánico.

—¿Para qué me necesitas a mí? —dijo extrañada Louísi.

—Porque eres muy buena eligiendo caminos, y hay que saber seleccionar bien por donde acceder. La lava es muy traicionera y te puede dejar aislado sin darte cuenta.

—Vale, yo elegiré el camino e Ismael irá al rescate. Necesitamos un mapa topográfico de la zona para poder ver que trayecto es más seguro.

—Yo estoy disponible para lo que necesitéis, y más por un niño —se ofreció Ismael.

—Muchas gracias —agradeció Runas—, vamos a sentarnos en esa roca y veamos el plano de la zona, no tenemos que andar mucho, es al otro lado de la colina de enfrente, donde veis que sale mucho humo negro.

